

esos navegantes en mares de aceite, os recomiendo que frecuentéis el pensamiento y el ejemplo de Leonardo de Vinci, pintor, arquitecto, escultor, ingeniero militar, inventor, autor de Tratados de arte, de anatomía, de química, de geometría, de balística y en fin, maestro de lira.

El, en el Renacimiento, como Goethe en edad más reciente, es uno de los extraordinarios arquetipos de la humanidad. Ambos salvan la distinción de ciencia y arte, de realidad y poesía y los colocan en el mismo cauce, que es el de la cultura simultánea y coordinada de todas nuestras potencias y facultades. Ambos realizaron el milagro, por decir así, de comprenderlo todo, sin nada despreciar, ni caer en el escepticismo, que es el peligro de las inteligencias demasiado sensibles a las infinitas y contradictorias esencias de la vida, de aquellos que se adormecen en la almohada de la duda como mi dilecto Miguel de Montaigne.

Ninguno mejor que Leonardo para regular las pasiones y sustentar la ecuanimidad indispensable en vuestra profesión, que tanto se roza con los problemas del espíritu. Lo que le hace más singular y excepcional es, precisamente, que, con obstinado rigor, sometía las complicaciones de su alma, su profusión de conocimientos, ideas y aptitudes al imperio de su razón clara y armonizadora y a su ponderación incomparable. *Hostinato rigore* era su divisa. Con humildad de verdadero sabio reconocía un orden perfecto en la naturaleza. Con moderación restablecía la unidad en el caos de las apariencias materiales y reprimía los tumultos de la conciencia.

Suya es aquella invocación, que el creyente y el incrédulo pueden pronunciar con igual fervor, dirigiéndose a un Dios o a una Energía creadora:

«Admirable justicia es la tuya ¡oh Causa Primera! Tú no has permitido a ninguna fuerza faltar al orden y a la cualidad de sus efectos necesarios».

PEDRO-EMILIO COLL.

(*El Universal*, Caracas).

**¿Quiere Ud. vestirse con elegancia
y economía a la vez?**

Lleve un corte y \$50.00, y con prontitud y esmero
le harán el vestido que Ud. necesita
en la

Sastrería LONDRES-PARIS,

75 varas al Sur de la Imprenta Alsina

ESTUDIOS EN LONDRES
Y LARGA EXPERIENCIA

LADIES AND GENTLEMEN TAILOR

ENGLISH SPOKEN

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de
oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Un discurso...

(Viene de la página 4).

un círculo de personas bien informadas en materias de educación, llamar su existencia un crimen pareceme insensato. Mas si se pretendiese con la expresión designar un grupo arrebatado de hombres que insensibles al bien de la educación sólo ambicionasen distribuirse un presupuesto, entonces lo criminal es la acusación.

Cuando se trata de realizar una obra que exige la cooperación de varios individuos, ¿se les busca sin discernimiento alguno o se requiere un criterio para ello? Al señor García y al señor Dengo se han asociado los que comprendiendo sus miras, simpatizaban o creían simpatizar con ellas. Pero ni el señor García ni el señor Dengo disponen del poder para hacer prosperar los intereses personales de nadie, ni los principios de tolerancia y de humanidad que les conozco les permitiría andar por ese atajo.

A mí se me acusó de ejercer la dictadura intelectual. Siento profundamente que no fuera ese el caso. Mi obra no estaría hoy a merced de plebeya insuficiencia. *La Gaceta* de 1910 a 1914 estaría desbordándose de acuerdos y decretos. Yo no pensaba en la historia. Yo pensaba en las generaciones de jóvenes y en los maestros. Mi propósito fué construir una obra, no labrarme una reputación. Yo fui a los hombres, les hablé, les expuse ideas, les invité a pensar y discutir. La pereza de pensar puso a muchas gentes de acuerdo conmigo. Su negligencia fué, no mi dictadura.

Los programas de 1917, en tesis general fueron propuestos a una comisión nombrada por el Sub-secretario González Flores y en presencia de este funcionario en 1915. Aspiraba a que la obra se realizase, no ambicionaba hacerla yo. Pero entonces comprendí que si esa labor debía ejecutarse, yo había de realizarla por entero.

Se me acusó de sectarismo. Pero ¿quién lo ha probado? ¿A qué persona incapaz puse yo en posición oficial, o promoví por el mero hecho de aceptar las doctrinas que yo aceptaba? ¿A quién destituí por oponerse a ellas?

El señor Presidente Jiménez estaba allí para ver toda mi actuación y él tuvo, más de una vez, fedantes pruebas de mi probidad intelectual y moral en el desempeño de mi cargo.

Pero paso a otras cuestiones...

El señor Ministro dice: «hacía muchos años que no se estrenaba una escuela». ¿Cuántos años? ¿Pues no habían estrenado Cartago y San José sólidas y buenas escuelas contratadas en la administración del señor Jiménez? ¿Y todas las escuelas de madera construídas entonces ¿fueron nada? Ya que sirve el señor Ministro en la segunda administración del señor Jiménez haría bien en estudiar lo que se llevó a efecto en la primera.

El señor Ministro sale a la defensa de una parte de la obra educacional del país citando ocho nombres y los innúmeros anónimos que honran la enseñanza nacional. Esto es infantil, a fuerza de ser impolítico lugar común. Luego pasa a defenderla contra la censura de ser ella caótica—«unos programas... que no son programas». *Sancta Simplicitas!* ¿Dónde está esa evolución de los conceptos para el señor Ministro? ¿De suerte que los programas deberán ser siempre como aquellos de 1899 y 1900? El señor Ministro está obligado a saber de esto mucho más. Deje esas banalidades para maestrillos de apartados distritos rurales y levántese a la concepción de lo que se desea cuando se habla de un programa de educación primaria. Todo cuanto el señor Ministro dice acerca de esos programas vigentes me revela que carece de la información